

Agosto 2025

Compendio

Vol 2.

Taller de Escritura Creativa
De Ceci Gomez Rosati

índice

Carta de la Editora	03
---------------------	----

Cecilia Gomez Rosati

Sala VIP	04
----------	----

Martina Bitz

La Roca Maestra	09
-----------------	----

Francisca Labbé Schrebler

Adalberto Martinez Laffeau	13
----------------------------	----

Ana Romans

Ua historia de lápices	16
------------------------	----

Sol Dalloquio



Carta *de la* editora

Te invito a leer cuentos cortos.
Cuentos vivos, que fueron
recuerdos, que fueron
imaginación pura, y que hoy son
un escrito.

En este compendio vas a conocer a las
participantes del segundo Taller de Escritura
Creativa de 2025.

Algunas de ellas escriben historias por primera
vez. alguna de ellas tiene una fuerte formación
teatral que le da vía libre para ir muy profundo
en cada personaje. Tanto que podrías
confundirlos con alguno de tus amigos.

Lo mejor de este compendio es que los textos
son tan buenos, tan llenos de energía, que no vas
a poder distinguir quién recién comienza o quién
tiene experiencia escribiendo. Todas las
participantes del Taller de Escritura hicieron un
recorrido fenomenal, profundo y liviano a la vez.
Te invito a sumergirte en este compendio, en
estas historias y dejarte ir por un rato.

Ceci Gomez Rosati

@chechi_ros

Escritora, tallerista y editora de Compendio

Sala VIP

Un cuento de Martina Bitz



Dicen que en Ushuaia el frío es tan profundo que uno lo siente hasta en los huesos. No tuve la suerte de andar por esos pagos, pero estoy seguro de que los que dicen eso no caminaron jamás por los pasillos del Rivadavia en pleno julio.

Por suerte, yo no tuve que caminarlos mucho, en realidad los caminé para hacer el ingreso a lo que sería la sala VIP, en la que estaría un mes y de la que luego me despediría para pasar a la habitación turista, como me gusta llamarle desde hace tres meses.



Paciente: Blas, 55 años, metástasis en páncreas, hígado y estómago. Entra a terapia intensiva por una descompensación con requerimiento de reanimación cardiovascular.

Esa fue mi carta de presentación para el equipo de médicos que me visitaría en lo que recuerdo como el primer día dentro de la sala VIP, o más conocida como sala de terapia intensiva. Y digo de lo que recuerdo, porque ahí estuve un mes, de los cuales los primeros 15 días me los perdí porque decidieron que era una buena idea mantenerme dormido para que no me pusiera nervioso. A veces me pregunto si alguno de esos médicos tomaría la misma decisión si fuesen ellos los que estuviesen en la camilla, pero creo que es una pregunta que algunos pocos contestarían con sinceridad. Mientras los pacientes batallamos entre la vida y la muerte, los médicos batallan entre jugar a ser Dios y no olvidarse de ser humanos.

Pero prefiero cortar esta reflexión acá, porque me llevaría por lo menos unos cuantos capítulos hacer mis declaraciones al respecto y el tiempo, en este momento de mi vida, se ha convertido en mi peor enemigo.

Mi aventura comienza ese día que abrí los ojos y me vi rodeado de un grupo de mujeres y varones vestidos en guardapolvos blancos. Ahí no había diferencia de sexo, ni de identidad de género, ni de nada de lo que siempre me da cátedra mi hija Laura; todos estaban vestidos iguales.

Guardapolvos blancos inmaculados, limpios, impolutos. Llamativo, ya que más de uno estaba en contacto constante con diversos fluidos que, al menos, podrían ser delatores de las tareas - muchas veces ingratas- que debían enfrentar. Lo que fue llamativo el primer día dejó de serlo con el correr del tiempo. Al principio, la tropa me visitaba todos los días para ver la evolución de mi caso; luego, día de por medio, hasta que, el último día, lo que solía ser la ronda de médicos de todas las especialidades terminó siendo Susana, la jefa de la UTI (Unidad de Terapia Intensiva), comunicándome que iba a ser trasladado a terapia intermedia.

Con una sonrisa y una voz pausada, pero segura, arrancó a enunciar el sinfín de beneficios que me esperaban: “Vas a poder recibir visitas desde las 8 hasta las 20 horas; no hace falta que las visitas entren de a una; vas a poder mirar tele comprando unas fichitas que los enfermeros te van a poder alcanzar cuando vos quieras; vas a poder ir al baño solo; vas a...; vas a...”

Antes de mi internación, como se imaginarán, tuve lo que realmente se denomina “una vida”. Así que prefiero hacer mi presentación un poco más atractiva que la que dieron en el parte médico de mi caso en terapia intensiva: Blas, 55 años, nací el 20 de febrero, soy de Piscis con Ascendente en Cáncer y Luna en Escorpio; estudié literatura, pero trabajé siempre como comercial; separado de Antonia y con una hija en común, Laura, de 19 años.

Como les digo, si bien estudié literatura, me defino como un comerciante nato. Por eso, inmediatamente cuando escuché el listado de beneficios que iba a tener mi pase a la “habitación turista”, supe que las cosas no andaban bien. Mi caso era complejo, y la derivación a un lugar lleno de beneficios la sentía como el premio consuelo que se le da a los niños en el juego del paquete para que no lloren por no haber ganado el principal.

Cuando llegué a mi nuevo cuarto, me llevé la grata sorpresa de que iba a dormir solo. Había una cama extra, pero me habían avisado que sería para que pueda dormir conmigo algún acompañante: pareja, familiar, amigos. Ninguna de esas tres cosas iba a pasar.



Con Antonia me llevaba bien, pero no me la imaginaba viniendo a ver cómo, poco a poco, no me iba a poder levantar ni para ir al baño. A Laura no la iba a someter a semejante espectáculo, familia en Buenos Aires no me quedaba y a mis amigos prefería regalarles un buen recuerdo de mi persona. Por lo que decidí que sería como esas veces en las que sacaba esas habitaciones de hotel en las que, sin saberlo, sobraba una cama.

Los días en el cuarto turista suelen ser siempre iguales. Voy a intentar seguir el orden de un día cualquiera, aunque acá el tiempo se desdibuja: los horarios ya no responden a la lógica del afuera. A las 2 de la mañana, la pastilla chiquita. A las 4, me revisan la vía. A las 6:30, arranca la ronda de desayunos. Entre las 10 y las 12, aparece la visita de algún médico. A las 12:30, llega la comida. A las 4, aparecen unas señoras vestidas de monjas para ver si voy a querer ver al curita-como le dicen ellas- para confesarme, como si yo no supiera que detrás de ese mensaje creen que solamente así me ganaría la entrada triunfal al paraíso. A las 5, un té pelado con galletitas de agua. A las 6 de la tarde, por lo general, viene Laura con los ojos llorosos, pero siempre esbozando una sonrisa para no hacerme sentir mal. A las 8, la última cena; a las 10, más pastillas. A esos días a veces se le pueden sumar extracciones de sangre para seguir de cerca cómo cada día me convierto en un enfermo terminal y cómo mi espíritu se hace más fuerte.

Sin embargo, estos días, monótonos en la dinámica, cambian bastante cuando sé que es el turno de Clara o el de Juan. Clara es la enfermera que viene a verme los lunes, miércoles y viernes durante el día, y Juan es el que le toca los mismos días por la noche. Literalmente, son el día y la noche; si les asignaron sus turnos de esta manera a propósito, quiero detenerme, en este solemne acto, a hacer entrega oficial del premio al mejor recruiter del hospital (suenan aplausos imaginarios). Sobre Juan prefiero no hablar: además de que gastaría palabras, perdería tiempo que no me sobra.

En cambio, con Clara sí que vale la pena. Ella es la enfermera del piso 5 de oncología del Hospital Rivadavia. Y, sobre todo, es mi enfermera preferida. Desde que empezó toda esta aventura, tuve que atarme a las reglas del lugar: la comida es la que me dan, los horarios son los que ellos quieren, el perfume del lugar es a metal, y el sonido que predomina son los timbres que se van turnando para sonar por la noche, cuando algún compañero de piso necesita ayuda.

A las 4, aparecen unas señoras vestidas de monjas para ver si voy a querer ver al curita-como le dicen ellas- para confesarme, como si yo no supiera que detrás de ese mensaje creen que solamente así me ganaría la entrada triunfal al paraíso.

Pero, como dicen los sabios, hasta en los momentos más difíciles uno nunca deja de soñar. Y yo, de repente, tenía un sueño. O, más que un sueño- vamos a hablar con propiedad-, tenía un antojo.

A pesar de que cada vez la comida me caía peor- incluso ese puré de calabaza que, de los siete días de la semana, al menos cuatro formaba parte del menú-, me había nacido el antojo de comer una pastaflora de membrillo. Cuando era chiquito, mi viejo me había hecho probar esa torta y no me había gustado. Me acuerdo de que le dije que era asquerosa y que nunca más la comería. Y así fue: nunca más la comí, hasta que en este lugar apareció la sed de necesitar comer un bocado de esa torta otra vez.

Sabía que era una misión casi imposible traficar una torta pastaflora a un paciente oncológico de mis características, pero mi Luna en Escorpio también me decía al oído que Clara sería la cómplice que me ayudaría con esta tarea.

Un día, sin demasiado preámbulo, le dije: “Clara, ¿vos crees que nosotros todavía podemos desear cosas?” A lo que, obviamente, me respondió que sí y largó la pregunta que tanto esperaba: “Blas, ¿vos qué deseas?”

Me imagino que en su cabeza habrán pasado mil respuestas: desde curarme,irme de viaje a la India a purificar todos mis pecados, comprarle una casa a mi hija... cualquier cosa iba a tener más sentido que mi repuesta.

“Deseo una pastaflora de membrillo”, le dije vehementemente y con una sonrisa en la cara que no recuerdo cuándo fue la última vez que la tuve. A Clara se le abrieron los ojos tan grandes que parecía que se le iban a salir de la cara, pero esa expresión yo ya la conocía y estaba seguro de que ella iba a ser quien me cumpliera mi último deseo.

La Roca Maestra

Un cuento de Francisca Labbé Schrebler

Hoy voy a compartir con ustedes una técnica milenaria, traspasada por generaciones, para crear tu propia piedra grande o, como yo prefiero llamarle, LA ROCA MAESTRA.

Para crear tu roca maestra solo necesitas tres elementos: arena, agua y paciencia. Mucha paciencia y dedicación. Y si no tienes agua, puedes reemplazarla con saliva, pero te advierto que vas a tener que escupir bastante y no tener vergüenza.

Creo que, en mi época de creadora de rocas, de tanta práctica y prueba y error, logré alcanzar el nivel de maestría en la técnica.

Otro elemento importante a tener en cuenta a la hora de crear tu roca maestra es el tiempo: mientras más, mejor.

Por eso mismo, las rocas o piedras que creaba en los dos primeros recreos de clases, que solo duraban 15 minutos, nunca eran piedras que durasen mucho o mereciesen el título de roca maestra.

Pero, para cuando llegaba la hora del tercer recreo, que duraba media hora, ahí tenía la oportunidad perfecta para crear mi roca maestra. Primero, partía por recolectar la arena que iba a usar: en general, la arena seca, esa que tocas y te deja las manos llenas de polvo, la que está en la



“ Mi técnica (...) consistía en sentarse en el suelo con las piernas extendidas y luego empezar a mover los pies, y ojalá tengas puestos unos buenos zapatos con suela gruesa porque se van a desgastar su poco.”

superficie, no es la ideal. Lo mejor es la arena de debajo de ésta, que es medio húmeda, o ya derechamente conseguir tierra.

Mi técnica, que es la misma que varios de mis compañeros de curso implementaban también con éxito, consistía en sentarse en el suelo con las piernas extendidas y luego empezar a mover los pies, y ojalá tengas puestos unos buenos zapatos con suela gruesa porque se van a desgastar su poco.

El movimiento es fácil: es como si estuvieras andando en bicicleta, pero sentada en el suelo, y en vez de empujar los pedales para avanzar, empujas el suelo para sacar esa arena húmeda de debajo de la seca, que va a ser la base para que armes tu propia roca maestra.

Una vez que hayas logrado juntar una buena cantidad de esta arena húmeda, se pasa a la etapa de formación: armar la forma y estructura de la roca maestra.

En general, a mí me gustaba partir con una roca mediana, con la tierra que juntaba en dos pasadas de manos llenas, y ahí, elegir un buen lugar de instalación, mejor si es alejado de donde corren los niños y están los juegos, así hay menos probabilidades de que alguien la pise sin querer.

Así, juntas ese montoncito de arena húmeda y formas una mini montaña en el suelo.

Ahora, entra la etapa de meterle agua, y hay que tener mucho cuidado con ésta: si le echas muy poco, la roca no se va a formar, y solo te va a quedar un montoncito de arena suelta. Pero si te pasas y le echas más de la cuenta, en vez de roca maestra vas a terminar con un montón de barro que no sirve para nada y recién va a estar seco cuando llegue el próximo recreo. Por eso es que hay que tener mucha paciencia y dedicación para que esto funcione.

A mí, en general, me gustaba echarle chorritos chicos de agua, que traía entre mis manos como si fueran un cuenco, desde el baño que quedaba al lado del casino de comida.

En general, se me caía casi toda en el trayecto desde el baño a mi lugar de trabajo, por lo que tenía que hacer varios viajes hasta que al fin lograba la consistencia deseada.

Aquí, una vez que la consistencia de la roca es dura y firme, recomiendan tirarle un escupitajo de saliva para “sellar”.

Nunca supe si realmente funcionaba o no, pero lo hacía igual, por si acaso.

Y ahí, tocaba probar. Tocar la piedra, darle golpecitos, para ver qué tan firme está, qué tanto resiste, si merece o no el título de roca maestra.

La regla es simple: si se deshace, no lo merece, pero si se mantiene dura y firme pasas a la etapa de conservación de la roca maestra. Si la lograste hacer en un lugar no muy transitado, y haces un buen trabajo de mantención, esto es, todos los días agregarle una capa de tierra nueva y sellarla con agua y saliva, además de darle golpecitos y palmadas como si fuese un cachorrito, la roca maestra puede durar días enteros, incluso semanas.

Si llueve ya es otro tema: la roca maestra no te va a durar mucho y es mejor que te pongas a leer libros en la sala de clases a que te empapes afuera en el patio intentando construir algo que, sin sol, tiene menos esperanza de vida que un recién nacido prematuro en la edad media.





¿Cuándo fue la última vez que escribiste una historia?

Adalberto Martinez Laffeau

Un cuento de Ana Romans



Miro para atrás y pienso: he sido un loco. Todo lo que hice en mi vida, he estado loco; vivir como si no hubiera un mañana,

como si la vida fuera eterna. Hacer cosas, cosas, cosas, pero el mañana ya es hoy. Y las cosas pesan. Me pesan. Tengo demasiadas casas: la de la costa, la de Buenos Aires, la de Areco (que aún no me terminaron de pagar), el departamento de mar chiquita, la casa en la que vivo, que es de

cuando formamos familia y ahora se me cae encima. No me anda el calefactor agas y, ¿quién lo va a arreglar? yo no tengo ganas. Toda la vida arreglando las cosas.

Manteniendo lo que se pudre, lo que se rompe, lo que se humedece y se echa a perder.

Demasiados campos, demasiados empleados, demasiados impuestos, aguinaldos, despidos, juicios. Y ahora se me murió el mecánico, mi amigo personal Anibal Milittone...y yo tengo demasiados vehículos: los de

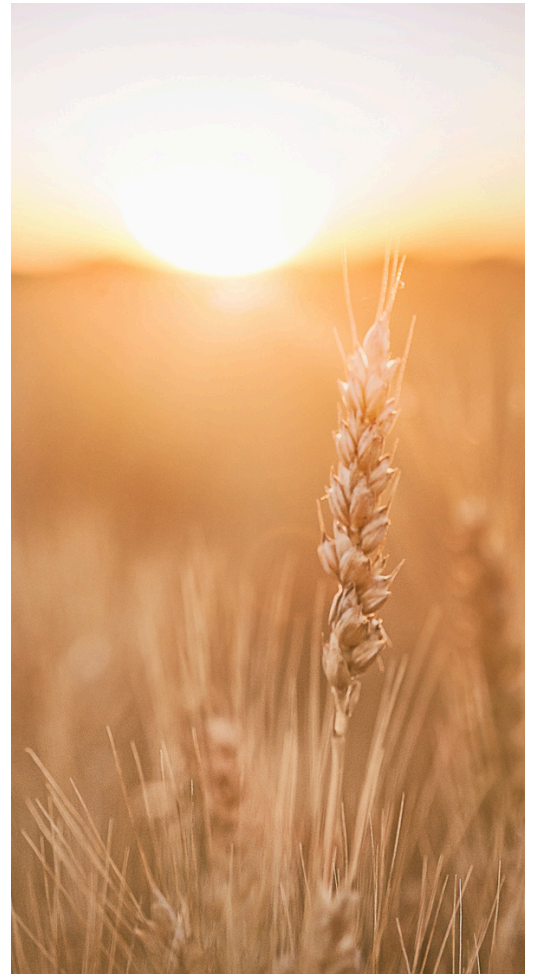
colección de los 50s, los de los 60s, las motos alemanas de los 40s. Los fierros: cuanto más viejos mejor; Yo, no. Hoy es un día gris, de la noche a la mañana, me he convertido en un viejo de casi ochenta años y la sociedad parece que me va inhabilitando para existir. Pero existo, ivaya si existo!. Y no tengo ganas de renovar el carnet de conducir cada doce meses, isoretos! todavía sirvo, ivaya si sirvo! para pagar todo lo que hay que pagar y para cantar cada tanto un tango en el centro de

jubilados, sirvo.

Cuando se me fue ella, tuve que volver a nacer y aprender a ser de una manera que nunca había sido, porque estuve casado con una santa, esa mujer fue una santa, sino yo no podría haber hecho nada de lo que hice. Pero ese día, cuando se descompuso, pobre querida, hice lo que pude. Lo que pude, una vez más. Esa mujer hermosa que yo amaba, estaba hecha un puñadito de cuerpo en el piso y me di cuenta recién cuando fui a abrir la puerta del baño para pillar, que la puerta hacia tope con algo. Empuje y empuje y ahí estaba mi querida. Después del hospital en casa le pusieron un suerito, algo de rutina, pero no estaba nada bien. Vino mi hijo, el mayor. Y la llamé a mi hija, que estaba en Buenos Aires haciendo no sé qué cosa. Siempre los llamaba cuando pasaba algo, como siempre ella se recuperaba, no sabía que esta vez no se iba a recuperar. Le saqué el suero un instante para ponerle un saquito, porque a ella siempre le daba frío, y ahí nomás no sé qué toqué, que el coso del goterito ese empezó a acelerar, y no me di cuenta. Al rato ella respiraba raro, respiraba distinto y la llamé a mi hija, que se apurara que me parecía que algo no andaba bien. También llamé a la ambulancia. Yo no sabía cómo proceder y no me quería hacer responsable tampoco de lo que no sé. Llego mi hija y chau. Creo que la maté cuando le puse el saquito. Y con esto viviré el resto de mis días. Después vino la ambulancia y mi hija los puteo por llegar tarde. Pero yo le cambié el saquito y la maté.

Igual, nada cambia. La mujer de mi vida murió. Toda una vida de la casa ordenada y la comida casera murió. Las salidas con parejas de amigos, los viajes en crucero que ella organizaba. Alguien que me diga que no tome tanto vino, todo eso murió.

Y en eso, recibo un llamado de pésame de Catalina, compañera de la promoción que también enviudó. Y me dije, - ¿Y si te das una oportunidad Adalberto?- me acordé de sus pechos, unos buenos pechos que durante cincuenta años de casado no tuve, porque mi querida era chatita, elegante, pero chatita.



“Creo que la maté cuando le puse el saquito. Y con esto viviré el resto de mis días.”

Está bien que había pasado poco tiempo, pero no sabía cómo vivir sin una mujer. Mi hija venía todos los días a hacerme de comer y fue entonces que le confesé que no tenía tiempo que perder. Que aunque habían pasado pocos meses yo tenía derecho a vivir. Ella, mi hija, no me entendió, nunca me entiende ni me va a entender, allá anda ella gastando la herencia que le he dejado por adelantado y no me meto.

Catalina me salvó la vida por cuatro años, No me puedo quejar, cuatro años de pechos, de ir a visitarla manejando los 98 km que nos separaban, de tener el reemplazo para seguir cenando con las mismas parejas de amigos, ir a los cruceros, pero también, cuatro años de hincharme las pelotas. Que me vista distinto, que disfrute la plata, que viajar y salir de chopping. No es mi estilo. Estoy cansado. Le dije de vivir en mi casa, pero dice que NO porque es la casa de otra mujer, pero cuando vamos a la casa de la costa no dice lo mismo. La verdad: ya me acostumbre a comer empanadas todos los días, prefiero de carne, para comer proteína, como dice mi hija, pero cada tanto de jamón y queso, con vino, no muy caro, a mi me gusta el patero. Bien cansado de Catalina y sus exigencias, tuve la suerte de que me festejaron el cumpleaños en el centro de jubilados, un lugar muy lindo que armó Ana María, en la casita que les doné para tal efecto. Ellos la mantienen y arman un lindo ambiente. Ahí me miran con cierto respeto, es gente humilde que aprecia mi recorrido, o eso me hacen sentir. Me tomo una de tinto, me como un choripan, la gente baila, son casi todas chicas. En eso la veo a ella, ojos claros, pelo largo...algo poco común para una mujer mayor y tengo que admitirlo, me hizo acordar tanto a mi querida. Me acerqué, con una copa de champagne en la mano y me presenté. Le pregunté cuál era su gracia y de qué descendencia provenían esas facciones tan bellas. Confirmé mi sospecha, le ofrecí llevarla a su casa y una cosa llevó a la otra. Le fui infiel a Catalina, y la orgullosa no quiso seguir hablando conmigo. Un desliz lo tiene cualquiera. Cuando un gaucho anda en la mala pisa mierda y se resfala.

Igual, reconozco que no estoy para adaptarme a nadie a esta altura, y superado ya el duelo de mi querida me he acostumbrado a pasar por la rotisería de Pepe's, pedirme unas cuatro empanadas, son dos o tres por comida. Algo de fiambre de picada. Las guardo en el horno apagado, no las voy a poner en la heladera. Después es calentar y listo.



Cuestión de Autoridad

Un cuento de Sol Dalloquio

Rogelio se disponía, como todos los días, a hacer su recorrida habitual por el Parque Chacabuco. Se encargaba de no pasar desapercibido: “muchacho su perro ladra demasiado perturba la paz del parque”,

“Señora su hijo no puede jugar en este sector a la pelota”, “Don, ensucia toda la plaza con las migas de pan que tira a las palomas”.

Todo lo ejecutaba y expresaba de modo poco cordial y torpe. Otro de los rasgos que tanto lo caracterizaba era la acotada asertividad de sus movimientos toscos.

Cualquier excusa era suficiente para que Rogelio alardee la función de poder que estaba seguro que ostentaba. Hasta se había mandado a hacer hace años un uniforme verde y azul de guardián de plaza, con insignia inventada y todo. Él era la máxima autoridad de esas trece manzanas de tierra, asique podía autocondecorarse todo lo que quisiera.

Esa mañana templada de otoño, Nidia lo fue a buscar a la garita para llevarle el tipo de chisme que más le interesaba a Rogelio: una acusación de un vecino incumpliendo una ordenanza, la que prohíbe circular por la pista de running con vehículos que posean ruedas u objetos que dañen el



piso de goma.

¡A su juego lo llamaron! A paso atolondrado se acercó a un señor y le expresó bruscamente que no podía transitar con su vehículo por la pista. Poco le importó que el señor de ochenta y tres años le explicara que su doctor le recomendó que caminara veinte minutos al día y que sin ese andador no podía movilizarse. “La ordenanza nro. 27 del parque no admite excepciones señor, tendrá que retirarse”.

Acto seguido, acompañó al anciano hasta la reja lindante con la calle, para asegurarse que no se fugue a toda velocidad con su andador. Mientras volvía airoso de su hazaña heroica, tropezó con un escalón y aterrizó de la peor manera posible. Un yeso y muletas lo acompañaban ahora en sus engorrosos paseos por el parque. Sentía como si su

cuerpo hubiera envejecido repentinamente. Movilizarse se volvió para Rogelio un arduo trabajo, sus muletas se enterraban en el barro o temblaban inseguras sobre las piedritas de los senderos. Además, era su propia ley tallada en piedra, la que le impedía ingresar al sector de la pista de running para realizar las caminatas prescritas para su rehabilitación.

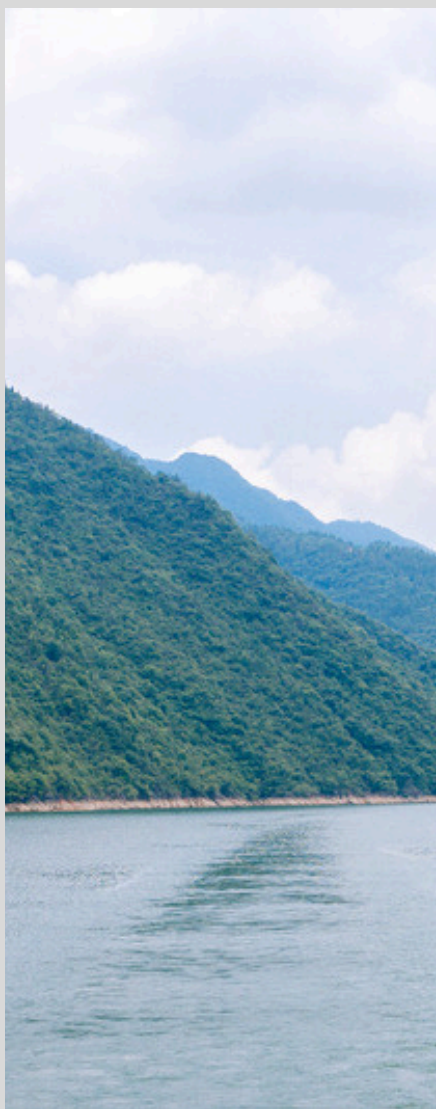
Su vigilancia activa se transformó en pasar sus días de trabajo sentado en la garita, sin poder imponer orden y respeto a su insignia, no haciendo otra cosa más que pensar.

Una y otra vez torturaban su mente escenas en las que había vetado iniciativas vecinales de reemplazar las piedras por senderos de cemento, usualmente impulsadas por madres y padres a los que se les dificultaba circular con cochecitos de bebés. Se detuvo a reflexionar la rareza de que ningún proyecto había sido presentado por personas en sillas de ruedas, luego recordó que hace años no se ocupaba de reemplazar las baldosas de las rampas para acceder al parque, mucho menos podrían esas sillas pisar los senderos.

La incomodidad de su cuerpo traspasó a su conciencia.

Desde ese día y cada día buscaba con mirada ansiosa al viejito para mostrarle orgulloso el cartel que colgó en su garita: “Su señoría, máxima autoridad de este lugar, declara terminantemente derogada la vigésimo séptima ordenanza del Parque Chacabuco”.





Espero que hayas disfrutado de este viaje.

Si querés sumarte al próximo,
hay un lugar para vos.

Escribime a @chechi_ros
ceciliagomezrosati@gmail.com

👉 Tocá acá y conocé la web del taller

Ceci Gomez Rosati